

La formación del profesorado, hasta permanente porque la vida cambia, es un Mediterráneo inventado hace tiempo y lleno de fórmulas que van y vienen

## RECUERDOS DE LA FORMACIÓN PERMANENTE

Manuel Holgado (SA)

Nada odiaba más en los cursos de Formación Permanente del Profesorado que las ganas que tenían algunos ponentes de empezar con algo original y divertido. Por ejemplo, en unas jornadas en Alcalá de Henares nos hicieron poner en círculo y tirarnos una pelotita de unos a otros. Cuando el objeto aquel se dirigía hacia ti como una pedrada de forma que no podías hacerte el despistado, porque te daría en un ojo, tenías que cogerlo y recitar tu nombre y apellidos, destino y por qué estabas allí. ¿Original? Para nada. ¿Divertido? En absoluto. ¿Útil? Si el objetivo era que el tiempo de la ponencia fuera pasando, vale; para conocernos, en lo más mínimo. Al terminar el juego nadie se acordaba del nombre de nadie, y menos de por qué estaba allí.

En otro curso, este en Salamanca, el ponente de turno, tras saludar, se puso a barajar unas pequeñas cartulinas de colores, como si fuera a jugar al mus, y luego las fue repartiendo

aleatoriamente. A continuación teníamos que agruparnos según el color que nos hubiera correspondido y nombrar a alguien que iría tomando notas de nuestras respuestas a la pregunta: ¿Qué esperábamos de aquel curso? La pericia del secretario hacía que las impertinencias y bromas se convirtieran en respuestas medio aceptables. Al final, todos estábamos allí para mejorar nuestra labor de enseñantes.

Y prefiero no hablar de aquella actividad que nos iba a dirigir un tipo con pinta de alternativo y que nos hizo bailar una especie de conga en la que el primero tenía que decir algo manifiestamente mejorable en nuestros centros y luego pasar al último lugar.

Lo más curioso de todos estos principios es que raramente tenían algo que ver con lo que venía a continuación. El ponente o la ponente, con cara de satisfacción porque había logrado crear el clima adecuado,



*Abajo el maestro, en Formación Permanente con su pueblo*

sacaba sus notas sobre el tema que fuera (el liderazgo, la resolución de problemas en clase, las teorías sobre la enseñanza de las matemáticas, las competencias en el currículo, la Escuela de Barbiana, las situaciones de aprendizaje en el aula, el camino de Santiago, etc. etc.) y se ponía a contarnos entusiasmado cómo era su centro, lo contentos que estaban en él profes y niños y lo mucho que aprendían gracias a ese mundo que nos iba a descubrir.

A ver, no siempre era así. He trabajado cuarenta años (casi) en la enseñanza, he participado en muchos cursos y actividades de formación permanente, alguna vez hasta me ha tocado dirigir alguno, y los hay que merecen la pena, que te descubren formas de hacer las cosas que no conocías, o que te animan a seguir en lo que ya practicabas. Sobre todo cuando la formación se hace desde el centro en el que uno trabaja y se encamina a buscar soluciones a los problemas que pueda haber en él. A veces me ha pasado que a la hora de reunirnos para poner en marcha tal o cual actividad de formación no estábamos solos el que la había propuesto y un amigo que no podía negarse. Siempre era de agradecer que participara al menos la cuarta o quinta parte de la plantilla, lo que presagiaba algún buen resultado.

Porque obviamente esa formación permanente no solo es conveniente, sino necesaria y hasta imprescindible, pero ya se sabe que no todo el profesorado comparte esa idea. Conscientes de esto, las administraciones inventaron el tema de los créditos: participar en actividades de este tipo proporciona al profe determinados créditos, canjeables cada varios años por un incremento del sueldo o por puntos para el concurso de traslados. Eso sí que nos animó a formarnos.

<http://manuelholgado.es>

Tantos años de democracia y tanto profesorado, su fo

## LA FORMACIÓN LAS 24 PROPUESTAS

### 1 Formación inicial y permanente. Su encuadre

La preocupación por la formación del profesorado no universitario – como derecho y deber propio y como obligación ineludible de la Administración educativa – ha estado presente, en alguna medida, en todas las leyes educativas. Probablemente el gran paso, respecto de la formación inicial, se dio con la **Ley General de Educación** (o Ley Villar Palasí de 1970): elevó a categoría universitaria (diplomatura) los estudios de Magisterio y convirtió a los Maestros de Enseñanza Primaria en Profesores de Enseñanza General Básica (EGB), mediante un intensivo y acelerado proceso de actualización científico-didáctica y pedagógica.

En esa línea, y en medio de un entusiasta clima renovador caracterizado por las **Escuelas de Verano** y los **Movimientos de Renovación Pedagógica**, se crearon en la década de los 80 los **Centros de Profesores (CEP, 1984)** cuya finalidad fue organizar cursos, encuentros y actividades para la renovación pedagógica y formación permanente del profesorado, en especial de Secundaria. Estos CEP, impulsados por la **LOGSE (1990)**, se convirtieron en **Centros de Profesores y Recursos (CPR, 1995)** y, hoy, en los **Centros de Formación e Innovación Educativa (CFIE, 2002)**. Se implantó también el **Certificado de Aptitud Pedagógica o Curso de Adaptación Pedagógica (CAP, 1993)** como requisito indispensable para que licenciados, ingenieros, arquitectos o equivalentes (excepto maestros, psicólogos, pedagogos y profesorado de FP) pudieran ejercer la docencia en la Enseñanza Secundaria.

El controvertido y devaluado CAP dejó de impartirse desde el curso 2009/2010 y fue sustituido por el actual